

Capítulo 1

Me acuerdo cuando hace dos años estaba loca de dolor, porque mi novio acababa de de decirme, que había conocido una mujer más joven, y que estaba perdidamente enamorado de ella.

Caminaba por la calle, perdida en mis pensamientos, creía que nuestro amor era a prueba de todo, el me había propuesto matrimonio hacía dos meses diciéndome, que ya era hora de que lleváramos nuestra relación al siguiente nivel, y cuando me lo dijo, sentí que era la mujer más afortunada; pues sabía bien que no era la mejor ni la más bonita; pensaba en la suerte que tenía de estar con un hombre tan apuesto y tan inteligente como él.

Acostumbraba vestir de jeans y bata de laboratorio todo el tiempo, usaba cola de caballo, no me ponía ni una gota de maquillaje y mi cuerpo era el de una pera; pequeños pechos, cintura estrecha y grandes muslos que no había podido bajar ni con la mejor de las dietas. Él siempre me decía que no le importaban mis muslos grandes, que le gustaba mi cuerpo tal y como era, pero más de una vez lo pillé ,volteando la cabeza para ver esas anoréxicas de hoy en día, que pasaban por el parque haciendo ejercicio para bajar “una caloría.” Mi rostro era una cuestión distinta, pues todo el mundo decía que era muy bonito. Yo lo veía bastante normal; cara ovalada, ojos color miel, nariz pequeña y labios delgados, aunque la gente decía que cuando sonreía mi rostro se iluminaba completamente, por los dos hoyuelos que se formaban en mis mejillas.

Cuando no estaba trabajando en el laboratorio, estaba en mi apartamento metida en internet, haciendo investigaciones, tenía una inexistente vida social, tal vez fue por eso que me apegué tanto a Edward. Mis amigas lo odiaban porque decían que él era un egocéntrico, que se notaba que no había verdadero amor entre los dos.

— Melanie si sales un poco más, te arreglas el look y dejas de hacer de tú trabajo el centro de tú vida, puedes llegar a conocer a alguien que sí valga la pena—, me decían; pero ¿Qué sabían ellas del amor?

Cuando por fin entendí quien era verdaderamente Edward, no me quedó más remedio que hacerme a un lado y dejarlo ser feliz. Le devolví su anillo y le desee lo mejor aunque esa misma noche lloré mis ojos y no paré hasta muchos días después.

Tiempo después pensé que lo había superado, hasta que me lo encontré un día con su amada prometida, mirando cosas para su nuevo apartamento y antes de que me viera, salí de allí como alma que lleva el diablo.

Caminé sin rumbo fijo, sintiendo pena por mí misma. Muy cerca de donde estaba había un parque en el cual se podía ver claramente, la belleza del mes de otoño, los arboles de un naranja intenso, y el piso abarrotado de hojas secas que se asemejaban a oro recién fundido; pero ni siquiera la hermosura del paisaje, podía quitarme el frío que sentía dentro de mi corazón; la tristeza por no poder amar y ser amada; me sentía tan poca cosa...

Sumida en mis pensamientos, llegué a una parte del parque en la que no se veía mucha gente, al fondo se veían unas bancas; llegué hasta una de ellas y me senté, tratando de apaciguar mi corazón. Fue en ese momento, donde mi vida cambió por completo.

Un anciano que caminaba un poco encorvado, se me acercó...

— Él te envía esto —me dijo y puso algo en mi mano, me sonrió y siguió caminando como si nada hubiera pasado. Lo seguí por el camino que había tomado, llegando hasta un callejón y allí simplemente desapareció.

Abrí mi mano y vi un relicario hermoso, que tenía por dentro un mechón de cabello rubio y una pintura en miniatura, del rostro de un hombre muy apuesto cuya mirada era triste, melancólica. Por un segundo quise estar allí y consolarlo, no encontré respuesta para esa reacción y pensé que tal vez, la soledad me estaba afectando.

Seguí mi camino hasta el apartamento, sin dejar de pensar en lo extraño que había sido ese momento con el anciano. Preparé algo de comer y me senté a revisar unos datos en el computador, pasaron las horas sin darme cuenta; miré el reloj, y ya era medianoche. Me dispuse a ir a la cama, pero el relicario me causaba curiosidad, así que fui a la mesa donde lo había dejado y lo tomé. Era como si me hablara, sentía que algo me impulsaba a

colocarlo en mi cuello. Decidí que no había nada malo en hacerlo, me lo puse y luego me fui a la cama.

El sueño llegó a mí, de manera muy rápida, estaba cansada, tal vez no físicamente pero sí mentalmente. Casi inmediatamente comencé a soñar con una casa grande en el campo, era una mansión, y de ella salía un hombre vestido con pantalones de montar y una chaqueta larga pero antigua, a decir verdad todo su atuendo era antiguo, se acercaba a mí poco a poco, su caminar pausado y cuidadoso como si temiera, asustarme. Era un hombre apuesto, rubio, de ojos azules, rostro endurecido y a la vez triste, tenía la frente amplia, nariz recta, su boca era grande de labios totalmente besables. Su cuerpo era atlético, muy alto, cuando estuvo frente a mí, me miro intensamente.

Yo no podía creerlo ese hombre, era el de la pintura en el relicario.

—Eres la mujer más hermosa que he visto en mi vida —pronunció. —Mi querida Melanie eres un regalo para mis ojos.

Por un momento quise reírme, ¿De dónde sacaba ese hombre semejante idea? Yo estaba horrible pues no estaba vestida adecuadamente, y solo tenía mi pijama puesta. Además, ¿Cómo sabía mi nombre?

— ¿Te sientes bien? —me preguntó preocupado.

—Perdone, pero es que parece que usted me conoce, aunque creo que no tengo el gusto, ni siquiera estoy segura de como llegué hasta aquí.

Puse mis brazos a mi alrededor, cubriéndome un poco pues mi pijama, no dejaba mucho a la imaginación, era una bata blanca casi transparente de lo vieja y solo me llegaba hasta las rodillas. Él pareció darse cuenta de lo que sucedía y sonriendo se quito su chaqueta y me cubrió con ella.

—Gracias, me estaba muriendo de frío —lo miré un momento y le pregunté: ¿Nos conocemos?

Él solo negó con la cabeza, pero en sus ojos había melancolía, cuando lo hizo.

—Mi nombre es Julian Atherton, Conde de Strathford —dijo, ofreciéndome su mano.

—Mi nombre es Melanie Hawkins, pero dígame algo, ¿Está seguro de que no nos hemos visto en alguna parte?

—No, no nos hemos visto, pero yo siento que te conozco desde hace mucho. Me miró largamente —. Melanie dime que te quedarás conmigo unos días.

Yo recordé haberle escuchado decir mi nombre, cuando nos encontramos la primera vez.

—No sé, esto es solo un sueño, tengo que volver, Señor Atherton —le respondí muy segura de que todo lo que estaba viviendo, no era más que un producto de mi imaginación y de mi cansancio.

—Por favor, no lo hagas, ya que estas aquí, espera un poco. Déjame mostrarte mi casa, mostrarte como vivo y presentarte a mi hijo Lucien, si solo es un sueño, entonces tienes todo el tiempo del mundo, también quiero pedirte un favor.... no me digas Señor Atherton, para ti soy solo Julian.

—Está bien —sonreí —. Lo tendré en cuenta.

— ¿Te gustaría tomar el té conmigo?

Lo pensé un momento y le dije que sí. No confiaba en extraños, pero por alguna razón decidí confiar en él. Entramos a su casa y atravesamos un hall grande, para llegar a una sala amplia, decorada hermosamente con paredes de color azul rey, donde colgaban cuadros con enormes paisajes, grandes ventanales con pesadas cortinas que combinaban con el color de las paredes, los muebles eran de roble, antiguos y estaban tallados delicadamente, me invitó a tomar asiento y casi enseguida apareció un hombre vestido con librea y peluca, él le pidió una bandeja con té y pastelillos y el hombre salió enseguida. Me imaginé que sería el mayordomo pues en una casa tan lujosa, era imposible no tener uno.

Yo estaba absorta en todo lo que veía. Todavía no podía creer que estuviera en esa época, pero bueno; todo era posible en los sueños.

— ¿En qué año estamos?

—Estamos en 1.817

Mis ojos se abrieron hasta casi salir de sus orbitas.

—No puede ser.

Él se detuvo junto a mí.

— ¿Por qué no puede ser?

—Porque yo vengo del año 2012.

Me observó un momento y sonrió.

—Es solo una fecha, no le pongas tanta atención. Tu misma dices que esto es un sueño, entonces... ¿Por qué preocuparte?

Pensé que era cierto. En unas horas me despertaría y de nuevo estaría en mi cama. Así que ignoré esa corazonada, que no me dejaba en paz.

Me acerqué al delicado piano que había en una esquina.

—Qué hermoso —le dije y toque la madera de cedro del pianoforte.

—Es un regalo de mi madre, para mi esposa, ella tocaba muy bien.

— ¿Ella... murió?

—No, ella solo desapareció un día y nunca supimos de su paradero —me respondió, y evadió la mirada.

— ¿Pero cómo puede ser posible? —respondí—. ¿Abandonó a su hijo?

—Yo nunca dije que ella dejó a su hijo o a mí. —respondió molesto—. Dije que desapareció.

El parecía molesto, por tener que hablar de su esposa desaparecida, así que no seguí insistiendo en el tema.

— ¿Por qué no tocas el piano? Por la forma en que lo miraste, adivino que tocas y que lo haces muy bien —cambió el tema de forma abrupta.

—Hace mucho tiempo que no lo hago, no sé si te gustaría lo que toque....

—Tonterías —hizo un gesto con la mano, restándole importancia al asunto —me encantará.

Casi enseguida llegó el té y nos sentamos. Empezó a servirlo él mismo, cosa que me sorprendió.

— ¿Lo tomas con leche verdad?

—Me gusta con leche y con dos cucharadas de azúcar

Él lo hizo de esa forma y luego me ofreció las mejores galletas que había probado en mi vida, se me salió un suspiro al probarlas y él comenzó a reír.

—Sabía que te gustarían, son de mantequilla y limón, el chef se enorgullece de esa receta.

—Son deliciosas, —le dije mientras tomaba dos más.

Pasó una hora mientras hablábamos de sus tierras, de su familia y otras cosas. Luego me volvió a pedir que tocara el piano.

Empecé con una melodía de Mozart y luego toqué algo de Joseph Haydn, cuando terminé el me miraba con un anhelo y tristeza tan grande en sus ojos, que tuve que levantarme y acercarme a él.

— ¿Sucede algo Julian?

—Es solo que....me recordaste momentos muy dulces.

Tocó mi mano y se fue acercando poco a poco, hasta que nuestras bocas quedaron muy juntas, entonces me miró como pidiéndome permiso y me besó. Fue el beso más dulce y tierno que me habían dado alguna vez, sus labios eran cálidos, yo no podía dejar de probarlos una y otra vez. El momento del beso suave pasó y comenzó a besarme con

hambre, bajó por mi cuello y le dio pequeños mordiscos, que me encendieron tanto que pensé que podía quemarme por dentro.

—Dios mío, hueles tan bien, me encanta tu olor.

Yo estaba absorta en sus caricias, en su delicioso toque y de repente...

—Papi, papi. —se oyeron unos pequeños gritos y vi entrar a un niño precioso, como de unos cuatro años, con el cabello rubio de su padre y unas mejillas regordetas con hoyuelos cuando se reía, sus ojos eran de color miel, hubiera jurado que era familia mía si no fuera porque sabía que era el hijo de Julian. Me reí internamente por esa idea tan loca.

—Hijo, ¿Qué haces por aquí solo? ven aquí mi muchacho —lo levantó.

El niño se subió en las piernas de su padre, feliz, y Julian le dio un beso.

—Lucien, te presento a la señorita Melanie Hawkins, ella es nuestra invitada y debemos tratarla con cortesía y respeto —. Ahora, ¿como la vas a saludar?

El niño extendió su manita y me miró sonriendo.

—Hola Lucien, que gusto conocerte —le dí la mano y luego lo abracé, no lo pude evitar, había algo en ese niño que me tocaba el corazón.

En eso llegó también una mujer ya entrada en años, que buscaba al niño y lo veía con una mirada dulce —me pregunté ¿Donde había visto ese rostro?

—Perdone Lord Strathford, pero me distraje solo un segundo y este muchacho se me escapó —me dijo sonriendo

—No se preocupe Hannah, él estaba dándole la bienvenida a nuestra invitada, la señorita Hawkins.

En ese momento la mujer, me miró y su semblante palideció, aunque lo disimuló muy bien.

— Encantada de conocerla señorita, estoy a sus órdenes para lo que necesite.

—Muchas gracias Hannah, pero la verdad es que no pienso quedarme mucho tiempo

— ¿Por qué no? Tú eres más que bienvenida en esta casa, considérala tuya desde ya—
dijo él.

—Julian, por favor —respondí un poco apenada.

Él bajó con cuidado al niño de su regazo.

—Hannah, por favor llévase a Lucien a tomar su siesta, yo iré mas tarde a su habitación.

—Sí señor, vamos mi niño.

La mujer fue a tomarlo de la mano, pero el pequeño la rechazó. Se acercó a mí, me dio un beso en la mejilla y salió corriendo con Hannah detrás. Julian y yo nos miramos y nos reímos al tiempo.

—Es un niño precioso y muy inteligente, debes estar orgulloso.

—Si lo estoy, se parece mucho a su madre —dijo mirándome muy extraño.

Se me acercó y me susurró al oído: Quédate esta noche.

Yo me estremecí por la cercanía de su voz.

—Julian, no puedo hacer eso.

—Claro que puedes, quiero estar contigo, mostrarte las montañas, verte en medio de los campos de flores...

— ¿Por qué? —no sabía la razón de tanta insistencia.

— ¿Es que no sientes la atracción entre los dos? ¿No sientes como si ya nos hubiéramos visto antes?

—Sí, lo siento; pero me da miedo, yo no quiero arriesgar mis sentimientos de nuevo, no quiero salir herida otra vez.

Me levanté, queriendo salir de allí, cuando él me tomó del brazo. No quería mirarlo, pues sabía que si lo hacía perdería la voluntad, así que le dí la espalda.

—No sé quién te hizo daño, pero te juro; que yo solo quiero amarte y hacerte feliz. Sé que es muy pronto para hablar de estos sentimientos, pero es lo que siento. Tu eres para mí un sueño hecho realidad, por favor permíteme mostrarte como puede ser, dame solo un día, tú misma dijiste que esto era solo un sueño. ¿Qué tienes que perder?

Todavía sin atreverme a mirarlo, pensé que ese hombre sabía decir las palabras adecuadas y yo no podía dejar de sentir que se lo debía, por eso le dije que sí.

—Está bien —accedí.

—No te vas a arrepentir —me dijo y acto seguido, escuché el sonido de una campana.

El mayordomo apareció en la puerta.

— ¿Deseaba algo mi lord?

—Anthony, por favor dile a Alice que prepare una habitación para la señorita Hawkins y que después venga para llevarla.

—Como usted diga milord, contesto el mayordomo y salió silenciosamente del salón.

—Me pregunto lo que pensarán al verme con esta ropa —.Caminé hasta el ventanal de la sala y miré hacia el pequeño jardín con una fuente en el centro, que se podía divisar desde allí.

—No te preocupes, la servidumbre aquí es muy discreta y leal, si ellos piensan algo, no te lo harán saber y mucho menos lo van a estar comentando por ahí.

—Julian, no entiendo este sueño, lo único que sé, es que un anciano me dio este relicario y me dijo que alguien me lo había enviado. Cuando lo abrí había una pintura de tu rostro y un mechón de cabello que pienso que es tuyo, ¿cómo llegó esto a mí, viviendo yo en el futuro y tú en el pasado?, ¿cómo es que estoy aquí contigo en un sueño tan real? ¿Por qué siento que no solo te conozco a ti, sino también a estas personas que viven aquí contigo?

Julian se acercó a mí por detrás y me abrazó, sentí su fortaleza, su apoyo en ese momento de confusión.

—Tranquila, no tienes que pensar en todas esas cosas ahora mismo, no necesitas abrumarte con esas preguntas, en lugar de eso, solo vive el momento y tal vez las respuestas vengan por sí solas y poco a poco.

—Tal vez tengas razón y debo dejar que las cosas se vayan dando.

Tocaron la puerta en ese momento y los dos nos apartamos. Era Alice, el ama de llaves.

—Milord, ya está lista la recámara de la señorita, ¿Desea usted que la ayude a instalarse?

—Sí Alice por favor, conduce a la señorita a su habitación y asístela en todo lo que necesite.

—Claro que sí milord —dijo enseguida la chica. Por aquí Lady....perdón, por aquí señorita.

Lo dejé estar, pero sabía que ella había querido decir otro nombre, ¿Cuál sería?

—Cenaremos a las siete, te estaré esperando, me dijo Julian con una sonrisa enigmática.

Solo pude asentir y devolverle la sonrisa. No veía la hora de estar a solas con él.

Seguí a Alice por donde me indicó, y comenzamos a subir las escaleras al segundo piso donde había un hall enorme, que llevaba a las habitaciones. Las paredes tenían candelabros preciosos de cristal tallado, y en ellas estaban colgados los cuadros de la familia de Julian. El piso era de madera y el techo que era bastante alto, también estaba decorado, con hermosas pinturas. El lugar era por donde se viera, una hermosa mansión.

Seguimos por el corredor y pasamos dos habitaciones hasta que llegamos a la que se supuestamente me habían asignado; cuando Alice abrió la puerta, quedé estupefacta ante lo que vi, era una habitación preciosa, totalmente femenina, pintada de color crema y con cortinas en color rosa pálido. Había una mesita pequeña con su silla en una esquina, en el centro una cama amplia con dosel y frente a esta, había una chimenea empotrada en la pared. Cerca de allí estaba un tocador de madera tallada con su espejo. En otra esquina había un biombo que hacía las veces de vestier y a la derecha de este, una puerta que daba hacia el cuarto de baño, algo que para la época era bastante moderno. Dentro de este una

hermosa bañera de cerámica blanca con patas de hierro, me daba la bienvenida. Esta era una habitación como las que describía en sus libros Jane Austin, una escritora que siempre me había gustado.

— ¿Señorita quiere que le traiga agua para refrescarse? Y luego la puedo ayudar a escoger un vestido para bajar a cenar con Lord Strathford.

—Eso sería perfecto Alice, gracias.

Alice salió enseguida y me quedé sola en el cuarto, pensando en todo lo que estaba pasando. A los 15 minutos llegó, traía consigo, una jofaina con agua para mi aseo personal, cuando terminé, me ayudó a vestir y pude darme cuenta de que no iba a ser nada fácil, el poder vestirme sola; Alice tuvo que hacer muchas cosas por mí, ya que la mayoría de los vestidos, eran amarrados en la parte de atrás o era el corsette, el que costaba trabajo colocarse. Aunque la belleza de la tela y el cuidado con el que estaban hechos los vestidos, compensaba un poco la incomodidad de los mismos. En algún momento Alice me preguntó, si me colocaría la ropa interior y horrorizada al ver un pantalón tan largo como lo usaría mi abuela, con un hueco en la mitad para las necesidades, le dije un rotundo “no” y me decidí por mis cómodas braguitas. Acto seguido, termine de arreglarme y perfumarme con su ayuda, para luego bajar al comedor donde me esperaba Julian.

Comimos en relativa paz, hablando de cosas superficiales, la cena fue cordero con papas asadas, puré de calabaza, champiñones al ajillo, variedad de quesos y vino tinto. La forma en la que los ayudantes de cocina y los sirvientes se habían esmerado en hacerme sentir cómoda, me llegó al alma, pero la pulcritud y la eficacia que tuvieron al servir la mesa, me dejó impactada. Era como un baile, donde cada uno de ellos sabía perfectamente el paso a seguir, todo hecho con mucha delicadeza, para no molestar a los comensales. Luego de este despliegue de opulencia y perfección, me sentí algo mareada con el poco licor que había tomado en la cena y fue allí, cuando Julian me invitó a su estudio; a tomar otra copa de vino.

—Me gustaría que me acompañaras mañana a una feria que hay en el pueblo ¿Qué te parece?

—Me encantaría, así puedo ver un poco como viven en esta época.

—Se que te vas a divertir mucho —tomó mi mano y la besó.

— ¿Qué te parece si llevamos a Lucien? —quería ver de nuevo al niño.

— ¿Estás segura? —me preguntó sorprendido.

—Claro que sí, tu hijo me tiene enamorada.

Julian rió tan fuerte que me sorprendió, pero al mismo tiempo me encantó verlo feliz. En algún momento notó que yo lo miraba fijamente y dejó de reír.

—Perdóname pero es que el imaginar a mi muchacho con su pequeña edad, enamorando desde ya, a una mujer, me causó mucha gracia; pero tampoco voy a negarte lo mucho que disfruto, el hecho de que te guste mi hijo.

—No me cuesta ningún trabajo te lo aseguro, es un niño muy dulce.

Se levantó de su silla y fue a sentarse a mi lado, comenzó a tocar mi cabello muy suavemente y de allí bajó a mis hombros.

—He estado deseando hacer esto durante toda la cena. Tienes una piel muy suave, me gusta mucho.

—Gracias, solo la cuido mucho y me aplico muchas cremas —le dije nerviosa.

Empezó a besar mis hombros y fue subiendo a mi cuello, sus besos eran pequeños y se sentían como el aleteo de una mariposa en toda mi piel, no supe cuando sucedió porque estaba tan perdida en esas sensaciones que no me día cuenta en qué momento bajó el escote de mi vestido y empezó a besar mis pechos, succionaba fuerte mis pezones, yo me debatía entre el dolor y el gozo.

—Me moría por sentir tu piel, por besarte y probar estos pechos hermosos.

—Julian... —su nombre salía como un gemido de mi boca, sentía que me quemaba por dentro.

Avanzó más y más en sus caricias y cada vez eran más atrevidas. Puso sus manos en mis nalgas y las apretó fuerte, al tiempo que devoraba mis senos. Metió sus manos por debajo de mi vestido, subiendo a lo largo de mis piernas, lentamente y decidido, como quien busca un tesoro, hasta que encontró la unión entre mis piernas, me tocó suave, tierno, pero seguro de lo que hacía. Sus dedos hacían magia en mí, y sentía que cada vez iba más profundo.

Lo miré un segundo y noté que él estaba tan mal como yo. Su rostro era de deseo y agonía. Coloqué mi mano en su pierna y pude tocar la prueba más clara de su excitación que se sentía a través de su delgado pantalón. Me dio algo de vergüenza, así que retiré mi mano, solo para notar como él la tomaba nuevamente y la colocaba sobre su erección, haciendo movimientos de abajo hacia arriba, indicándome la manera en la que deseaba ser tocado.

Enseguida lo acaricié, encantada de hacer algo que a él realmente le gustara. Su gemido de placer no se hizo esperar. Como vi que estaba bien encaminada, lo hice con un poco más de energía.

—Estoy a punto de explotar y no quiero hacerlo, porque quiero verte gritar de placer.

Acababa de decirlo, cuando sentí dos dedos cavar en mi interior mucho más profundo. Me tensioné y gemí fuerte.

— ¿Te lastimé?

—No —le dije suspirando—. Me encanta lo que me haces.

Él me sonrió de manera conocedora.

Yo gemía cada vez más fuerte y movía mis caderas hacia atrás y hacia adelante, sentía poco a poco como llegaba al clímax, hasta que finalmente sucedió, eché mi cabeza hacia atrás y grité fuerte pero él me haló hacia su boca y me calló con un beso, uno largo y apasionado. Cuando terminamos de besarnos, él me abrazó como si quisiera aferrarse a mí para siempre.

—Eres hermosa en tu pasión, me encantas.

Sus ojos mientras lo decía, me hablaban de amor y me pregunté ¿Cómo es posible que este hombre me hable de amor si acaba de conocerme? Aunque lo más increíble de todo era que yo también sentía que lo amaba.

Más tarde después de besarnos y acariciarnos por un largo rato, Julian me acompañó hasta mi habitación. Yo estaba un poco avergonzada.

—Estás muy callada —levantó mi barbilla con un dedo.

—Tal vez un poco.

— ¿Por qué? ¿Te arrepientes?

—No, pero no quiero que pienses que cualquier hombre me tocaría de la manera que tu lo hiciste hoy.

—Yo nunca pensaría eso.

— ¿Porqué? Tú acabas de conocerme.

—Lo siento en mi corazón —me respondió.

No dijimos nada más e hicimos el resto del camino a mi habitación en silencio. Cuando llegamos a la puerta, le dí un beso en la mejilla.

—La pase muy bien esta noche —le dije con cierta timidez.

—Yo también disfrute mucho esta noche contigo —me dijo al tiempo que me abrazaba

—. Quisiera estar contigo así todos los días de mi vida.

—Yo también quisiera, pero esto no es real, Julian

—Esto es tan real como tú y yo lo hagamos —se quedó mirando mi boca, supe que de nuevo quería besarme y que si lo hacía no lo detendría.

Se inclinó hacia adelante y cuando estábamos muy juntos, se arrepintió y se apartó.

—Es mejor que diga buenas noches en este momento y me vaya a mi habitación, de lo contrario, te tomaré aquí mismo.

Yo me reí, pero sabía que eran nervios.

— Buenas noches Julian —enseguida entré a la habitación y cerré la puerta tras de mí, sin esperar a que él me contestara.

Me quedé apoyada en la puerta un buen rato. Pensaba en lo mucho que ese hombre me afectaba y en lo inexplicable que era para mí, la forma en la que mi corazón se desbocaba cada vez que sentía su cercanía. *Que ironías tenía la vida* —pensé divertida. Mi ex novio siempre quiso que fuera más apasionada, porque según él, tenía momentos en los que parecía un tempano de hielo. Se quejaba todo el tiempo de que no le hiciera ciertas... cosas en la intimidad, pero yo sabía que no era la del problema. Lo que sucedía era que Edward, nunca se esforzó por hacerme sentir especial y querida, no me decía cosas hermosas como las que Julian me acababa de decir. Ahora entendía que la culpable de ese rompimiento no había sido yo, entendía que para mantener una relación, se necesitaba que los dos nos esforzáramos; y si era sincera conmigo misma, esa relación solo me preocupaba a mí; porque él, vivía más al pendiente de su trabajo y de su vida social, que de nuestro noviazgo. *Dios, ayúdame. ¿Qué es lo que Julian me hace, que ha cambiado hasta mi forma de pensar en tan solo unas horas de estar juntos* —pensé.